

ANTONIO GARCIA VERDUCH



## La gran mudanza

**E**l traslado desde una vivienda a otra constituye siempre un acontecimiento importante, por el ajeteo que exige, y también por suponer una transición desde un modo de vida a otro.

Una mudanza íntegra, desde una vivienda habitada hasta otra vacía, se parece mucho a un terremoto, porque hay que desmontar todo, para que pueda ser trasladado y vuelto a montar en un lugar distinto.

El tiempo de mudanza no solamente es tiempo de fatiga e incomodidad, sino que también lo es de reflexión. Cuando se ha ocupado una vivienda durante muchos años, es seguro que en ella se han acumulado multitud de objetos inservibles, que llegaron poco a poco, y que nunca se depositaron en la basura, por indolencia o por falta de decisión.

La mudanza brinda una ocasión muy propicia para meditar sobre la utilidad de las cosas, y para decidir cuáles se deben trasladar a la nueva vivienda, y cuáles se deben abandonar definitivamente. A la vivienda nueva hay que llegar con el equipaje aligerado y libre de trastos inútiles. Allí se va a empezar una nueva vida, que no debe ser entorpecida por la presencia de objetos averiados, desvencijados e inservibles.

El tiempo de mudanza es, siempre, tiempo de grandes decisiones.

Mudarse de siglo no es igual que mudarse de piso, pero nos puede inducir a análogas reflexiones. Como es natural, en este nuevo caso, no se trata de trasladar cosas de un sitio a otro, sino

de seleccionar ideas, modos, hábitos, sistemas y convicciones, que merecen ser trasladados al nuevo siglo, porque pueden ser útiles, como elementos constructivos, para una nueva arquitectura del pensamiento y de la convivencia. Lógicamente, los restantes habrán de ser descartados, porque su conservación supondría una rémora y un lastre para el desarrollo de una sociedad joven y dinámica.

La entrada en un nuevo siglo brinda una ocasión de oro para liberarse de pensamientos, de sistemas y de hábitos, que se vienen arrastrando durante décadas, o quizá durante siglos, sin más razón que la inercia o la pereza, y sin haber pasado por el filtro de un análisis frío y riguroso.

Si se hiciese ahora un análisis así de riguroso, podría dividirse el conjunto de los valores en cuatro grandes grupos: a) aquellos valores humanos permanentes que, necesariamente, han de ser conservados y transferidos de generación en generación.

b) Otros valores, temporales y prescindibles, que conviene trasladar, porque son útiles para conformar nuevas estructuras. c) Los grandes valores históricos y culturales que, indiscutiblemente, deben ser preservados con mimo a través de los tiempos. d) Y, por último, aquellos otros valores que, por estar fracasados, o por ser obsoletos e inútiles, deben ser depositados en el cubo de la basura, en ese cubo que la historia provee para estos casos.

A continuación citamos unos ejemplos, tales como: Grandes armatostes ideológi-

cos, en estado ruinoso, que aún se mantienen en pie porque se apoyan sobre patas que no son suyas. Dogmas políticos mal paridos, de fachada limpia y patio sucio, que son incapaces de soportar un análisis circunvalatorio. Organizaciones vaciadas de función y defendidas con

ferocidad por quienes viven de ellas. Cálidas estructuras administrativas, en cuyo interior se multiplican los funcionarios como en un termitero. Recipientes permeables para contener los presupuestos. Organizaciones de apoyo mutuo nutridas desde el poder. Clanes organizados para ejercer el dominio sobre las voluntades y las mentes. Organizaciones que trafican con el dolor y la desesperación de las gentes. Organizaciones de iluminados asesinos. Estructuras políticas montadas sobre la irresponsabilidad y el engaño. Parlamentos que parlamentan de sus cosas, y no de las del pueblo. Confrontaciones políticas de cucaña, resbalón y batacazo. Uso de la política como espectáculo. Pueblo que acampa en los suburbios del Poder. Marionetas movidas por manos ocultas, desde el piso superior. Y otros muchos ejemplos, que no vamos a mencionar, pero que son fácilmente recordables.

En el nuevo siglo van a entrar una generación joven, que representa el frescor del amanecer, y una generación madura, que representa el cálido resplandor del ocaso.

La joven generación es la que va a conformar el pensamiento y el modo de vida que va a prevalecer en el siglo entrante y, por tanto, es la que ha de afrontar la máxima responsabilidad en el empeño.



## El siglo de los jóvenes

**L**a generación madura, ciertamente, aportará una experiencia valiosa, pero también es cierto que mostrará un lógico apego a las estructuras existentes en la actualidad y, por tanto, una clara renuencia a modificarlas.

La joven generación puede muy bien entrar en el marco del próximo siglo, con traje deportivo y un bocadillo en la mano. La generación madura pretenderá trasladarse con todo su equipaje completo, incluyendo, si puede, hasta ese puñado de menudencias heterogéneas, que siempre queda como residuo en el fondo de los cajones.

Los jóvenes van a hacer su casa en el nuevo siglo, y a ellos corresponde equiparla y amueblarla a su gusto. Los mayores, cuando vayan a vivir con ellos -con sus hijos- no podrán llevar consigo su ajuar entero. Habrán de conformarse con aquello, más esencial, que pueda caber en su equipaje de mano.

Con lo antedicho, no pretendemos insinuar el peligro de una confrontación entre generaciones. Simplemente señalamos que todo ocurrirá felizmente si se respetan las leyes de la vida, con toda naturalidad.

Los jóvenes generaciones siempre empiezan no teniendo razón, pero después acaban teniéndola. Acaban teniendo, al menos, una razón, que es la suya, la que ellos habrán de disfrutar o sufrir.